

LENGUA Y UTOPIA.
EL MOVIMIENTO ESPERANTISTA EN ESPAÑA,
1890-1936

LENGUA Y UTOPIA.
EL MOVIMIENTO ESPERANTISTA EN ESPAÑA,
1890-1936

Roberto Garvía

GRANADA
2021

COLECCIÓN HISTORIA

Director: Francisco Sánchez-Montes González (catedrático de Historia Moderna de la Universidad de Granada).

Consejo Asesor: Inmaculada Arias de Saavedra Alías (catedrática de Historia Moderna de la Universidad de Granada); Antonio Caballos Rufino (catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Sevilla); John H. Elliott (Regius Professor de Historia Moderna de la Universidad de Oxford); José Fernández Ubiña (catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Granada); Miguel Gómez Oliver (catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Granada); Antonio Malpica Cuello (catedrático de Historia Medieval de la Universidad de Granada); Miguel Molina Martínez (catedrático de Historia de América de la Universidad de Granada); Rafael G. Peinado Santaella (catedrático de Historia Medieval de la Universidad de Granada); Philippe Sénac (Professeur Émerite de Historia Medieval de la Universidad de la Sorbona); Juan Sisinio Pérez Garzón (catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Castilla-La Mancha); Ofelia Rey Castelao (catedrática de Historia Moderna de la Universidad de Compostela); María Isabel del Val Valdivieso (catedrática de Historia Medieval de la Universidad de Valladolid).



© ROBERTO GARVÍA
© UNIVERSIDAD DE GRANADA
Campus Universitario de Cartuja
Colegio Máximo, s.n., 18071, Granada
Tsl.: 958 24 39 30 - 958 24 62 20
www: editorial.ugr.es
ISBN: 978-84-338-6936-4
Depósito legal: Gr./1702-2021
Edita: Editorial Universidad de Granada
Campus Universitario de Cartuja, Granada
Preimpresión: TADIGRA, S.L. Granada
Diseño de cubierta: José María Medina Alvea. Granada
Imprime: Gráficas la Madraza. Albolote. Granada

Printed in Spain

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

ÍNDICE

Introducción	9
PARTE I. UNA NUEVA LENGUA PARA UNA NUEVA SOCIEDAD	19
CAPÍTULO 1. Globalización y necesidad de una nueva lengua.....	21
CAPÍTULO 2. Utopía y diversidad.....	29
CAPÍTULO 3. Zamenhof y la «idea interna»	43
PARTE II. PIONEROS	53
CAPÍTULO 4. Los inicios.....	55
CAPÍTULO 5. Andrés Bravo y la revista <i>Esperanto</i>	63
PARTE III. EL ESPERANTISMO EN CATALUÑA Y CONFLICTOS CON EL RESTO DE ESPAÑA	69
CAPÍTULO 6. Primeros pasos en Cataluña.....	71
CAPÍTULO 7. Berthelot y la primera Federación Catalana de Esperanto.....	77
CAPÍTULO 8. Pujulà y los hechos del ¡ <i>Cu-Cut!</i>	83
CAPÍTULO 9. Inicios del esperantismo obrero.....	87
CAPÍTULO 10. El primer choque en Cataluña.....	93
CAPÍTULO 11. Hacia el congreso de Barcelona	101

CAPÍTULO 12. El congreso de Barcelona de 1909	109
CAPÍTULO 13. La Federación Catalana de Esperanto	117
CAPÍTULO 14. Primeros intentos confederales	123
CAPÍTULO 15. Mangada y la Federación Zamenhofiana	127
CAPÍTULO 16. Los años de la dictadura	135
CAPÍTULO 17. La República y las últimas refriegas	141
PARTE IV. ESPERANTISMO OBRERO	147
CAPÍTULO 18. El internacionalismo y el problema de las lenguas	149
CAPÍTULO 19. La SAT y Lanti	157
CAPÍTULO 20. Obreros y neutrales	163
CAPÍTULO 21. Cataluña obrera y esperantista	179
PARTE V. OTROS COLECTIVOS	191
CAPÍTULO 22. Maestros	193
CAPÍTULO 23. Ciegos	207
CAPÍTULO 24. Militares	215
CAPÍTULO 25. Mujeres	225
PARTE VI. SOCIABILIDAD Y ESPERANTISMO PRÁCTICO... ..	235
CAPÍTULO 26. Sociabilidad	237
CAPÍTULO 27. Los niños austríacos	247
Conclusiones	255
Agradecimientos	261
Bibliografía	263
Acrónimos de organizaciones esperantistas	279
Índice analítico y onomástico	281
Imágenes	287

INTRODUCCIÓN

EL 15 DE DICIEMBRE DE 1946 un grupo de esperantistas valencianos celebraba en un restaurante el aniversario del nacimiento de Zamenhof, el creador de la lengua esperanto. Entre plato y plato, los comensales recibieron una comunicación oficial del gobierno aprobando la legalización de la Federación Española de Esperanto.

Esta decisión era algo insólita. En la vecina Portugal, el movimiento esperantista estaba ilegalizado desde 1936. En la Unión Soviética, Stalin había enviado a los esperantistas al gulag o al verdugo, y pasaron décadas hasta que unos cuantos activistas se animaran a otear el horizonte y buscar algún tipo de protección oficial que les permitiera volver a trabajar. Y en aquellos países del bloque soviético donde los esperantistas consiguieron mantener algún tipo de actividad siempre estuvieron intervenidos directamente por el partido comunista o cualquiera de sus organizaciones de masas¹. Sólo en países democráticos el esperantismo seguía vivo. Pero España no era un país democrático. La represión contra los vencidos estaba a la orden del día, muchos seguían cumpliendo condena en las cárceles y los batallones de trabajos forzados funcionaban a pleno rendimiento. Maestros, funcionarios, abogados, periodistas, médicos, profesores, y todo aquel que hubiera colaborado con la República había sido purgado. La prensa destilaba

1. Sobre el esperantismo en Portugal, véase Sónia Piedade Apolinário Ribeiro Gomes, *O Esperanto em Portugal. Língua Internacional e Movimentos Sociais*. Tesis doctoral. Instituto Universitário de Lisboa, 2006, pp. 276-307. Sobre el movimiento en países del bloque soviético, véase Ulrich Lins, *La danĝera lingvo: Studo pri la persekutoj kontraŭ Esperanto*, Rotterdam, UEA, 2016, pp. 276-287; y Marcus Sikosek, *Die neutrale Sprache*, Bydgoszcz, Skonpress, 2006, pp. 255-271.

odio, los tribunales no descansaban y se perseguía con saña a quienes todavía se atrevían a hacer oposición en la clandestinidad.

Muy posiblemente, la legalización de la Federación tuvo que ver con la necesidad del régimen de mejorar su imagen exterior. Exactamente tres días antes de que los esperantistas valencianos recibieran la buena noticia, la Asamblea General de la ONU había aprobado una resolución que condenaba al régimen de Franco: un «régimen fascista, organizado e implantado en gran parte merced a la ayuda de la Alemania nazi y de la Italia de Mussolini»². Desde hacía décadas el movimiento esperantista contaba con cierto reconocimiento internacional, de modo que dejarlo actuar en España bien podía ayudar a romper el aislamiento del régimen. Hitler había desarticulado el movimiento por su nula afinidad con el nacionalsocialismo, y Stalin lo liquidó físicamente por cosmopolita y contrarrevolucionario. Para el gobierno de Franco, legalizar el movimiento esperantista era una oportunidad para distanciarse tanto del uno como del otro y hacerse así más presentable frente a las democracias occidentales.

Los inicios de la Federación no fueron fáciles. En más de una ocasión, los estudiantes que asistían a los cursos de esperanto que se empezaron a impartir en algunos lugares sufrieron acoso policial, que a veces incluía visitas nocturnas. Muchos antiguos esperantistas no se atrevieron a retomar su actividad ante el temor de represalias y en aquellos lugares donde lo hicieron carecían de locales propios, por lo que se reunían bien en domicilios privados, bien en cafeterías o restaurantes, lo que levantaba sospechas. Incluso en Zaragoza, los esperantistas de la localidad agrupados en Frateco (Fraternidad), una organización con más de tres décadas de existencia y la única en el territorio nacional que había conseguido evitar la incautación, preferían reunirse en cafeterías una o dos veces por semana. Años antes, en 1941, una docena de falangistas entraron en su sede para requisar los archivos y, de paso, destrozar el mobiliario. Frateco había conseguido evitar su ilegalización durante la guerra gracias al apoyo del comandante de caballería Ramón de Salas Bonal (1887-1938), responsable de orden público de la ciudad, pero

2. Enrique Moradiellos, *La España de Franco (1939-1975). Política y sociedad*, Madrid, Síntesis, 2000, pp. 97-98.

también esperantista. Después de aquella experiencia con los falangistas, los de Frateco adoptaron un perfil bajo, casi semiclandestino³.

A pesar de estas dificultades, en 1949 la Federación, con sede en Valencia, consiguió publicar un *Boletín* mensual y, dos años más tarde, celebrar su primer congreso. Para conseguir esto se hizo necesario dar repetidas garantías de fidelidad al régimen, aún a costa de caricaturizar y desnaturalizar la lengua que tanto se esforzaban por extender:

El esperanto es una lengua auxiliar internacional, cuyo inventor ideó con el laudable fin de crear un nuevo y eficaz instrumento de paz. No está adscrito a ningún credo político ni a escuela filosófica alguna ... [El esperanto] no es ni más ni menos que algo así como la Imprenta, la Radio o el sistema Morse: un medio de expresión ... Hablando concretamente del movimiento esperantista en España, debemos puntualizar que, con el mayor respeto a los poderes constituidos, el acatamiento a las Autoridades y a sus disposiciones, su actividad es puramente lingüística. Todo lo que sea hablar de filiación o tendencias no es más que ignorancia, o lo que es peor, malevolencia⁴.

Pero esto era puertas afuera. Nadie en la Federación pensaba que el esperanto fuera algo así como un código de signos, o un sistema Morse. Tampoco lo pensaba el régimen, que desde 1936 fue desmantelando asociaciones esperantistas a medida que avanzaban sus tropas. De puertas adentro tenemos una situación bien curiosa. En la Federación había quienes simpatizaban con el régimen y pusieron su nombre y su capital político para conseguir su legalización. Quien inició todos los contactos para reavivar el esperantismo y figurar más tarde como vicepresidente de la primera Junta Directiva de la Federación fue el sevillano Federico Ribelles Giménez, de profundas convicciones católicas. El primer presidente, el valenciano Manuel Caplliure Ballester, era un veterano esperantista muy activo en círculos católicos. Como vicepresidente de la segunda Junta Directiva, figuraba José Anglada

3. Antonio Marco Botella, *Analoj de la Esperanto movado en Hispanujo*, Zaragoza, Frateco, 1987, vol. 2, pp. 332-351.

4. *Boletín de la Federación Española de Esperanto*, febrero de 1949, p.1.

Prior (1893-1979) un viejo conocido del esperantismo barcelonés, opuesto al nacionalismo catalán, católico y europeísta —cuando ser europeísta en la década de los 1930 era ser profundamente conservador: antibolchevique, pero también opuesto al capitalismo financiero y los valores materialistas de las democracias anglosajonas⁵.

Sorprendentemente, junto a estos viejos conocidos encontramos en la Federación, y ya desde sus inicios, otros no menos conocidos, pero nada sospechosos de simpatías con el régimen. Apoyando los esfuerzos de la nueva Federación figuraba Francesc Pujulà i Vallès (1877-1963), un pionero del esperantismo en Cataluña conocido por sus tesis catalanistas⁶. Después de la Primera Guerra Mundial, Pujulà abandonó el esperantismo desencantado, pero volvió para colaborar con la Federación después de la guerra tras pasar dos años en la Modelo de Barcelona por masón y separatista. Ciertamente, Pujulà no era un personaje simpático al régimen. Tampoco simpático, era el canario Juan Régulo Pérez (1914-1993)⁷. Antiguo maestro nacional, miembro de la UGT, y simpatizante del esperantismo obrerista —en 1936 ayudó a crear *Nia Idealo (Nuestro Ideal)*, una publicación trimestral de orientación socialista—, Juan Régulo pasó por varias cárceles y campos de concentración para, una vez liberado, ser inhabilitado como maestro⁸. También izquierdista hasta la médula y colaborador

5. Ribelles fue también miembro de la Junta Directiva de la Asociación Católica Española Esperantista (Katolika Esperantista Hispana Asocio), creada en 1949 (Marco Botella, *Analoj...*, vol 2, p. 340). Sobre Manuel Caplluire, *La Suno Hispana*, febrero de 1927, p. 22. Durante la dictadura de Primo de Rivera, José Anglada se había destacado como uno de los máximos responsables del intento de desplazar al sector nacionalista de la Federación Catalana de Esperanto, haciéndose cargo de la revista de la Federación, *Kataluna Esperantisto*, desde septiembre de 1929 a marzo del siguiente año. Anglada también fue seguidor del movimiento Georgista. Sobre su actividad en este movimiento: https://www.cooperative-individualism.org/georgists_unitedstates-aa-al.htm

6. *Boletín de la Federación Española de Esperanto*, 7 (julio, 1949), p. 7. Sobre Pujulà, véase Francesc Poblet, «Frederic Pujulà i Vallè, escriptor, catalanista i esperantista», en Francesc Poblet y Hèctor Alòs (eds.), *Història de l'esperanto als Països Catalans*, Barcelona, Associació Catalana de Esperanto, 2010, pp. 171-189.

7. *Boletín de la Federación Española de Esperanto*, 11 (noviembre, 1949), pp. 2-3.

8. Aunque años más tarde llegaría a ser profesor en la Universidad de La Laguna. Para una biografía de Juan Régulo, véase Leandro Trujillo Casaña, «Juan Régulo Pérez,

de la Federación desde sus inicios era Antonio Marco Botella (1921-2020). Miembro de la «quinta del biberón», Antonio Marco aprendió esperanto durante la guerra. Al terminar la contienda pasó varios años en campos de concentración de Argelia, donde dio su primer curso de esperanto, y al volver del exilio recaló en Zaragoza, donde colaboró con Frateco como profesor⁹.

Más sorprendente quizá es el caso de Luis Hernández Lahuerta (1906-1961). Litógrafo de profesión, Luis Hernández había sido líder del Grupo Obrero Esperantista (Grupo Laborista Esperantista) de Valencia. En 1934, el Grupo organizó el 14º Congreso de la SAT (Sennacieca Asocio Tutmonda, o Asociación Mundial de A-Nacionalistas), la internacional obrera esperantista más importante en la época —a finales de los años veinte, la SAT contaba con cerca de 5.000 miembros en activo. En 1936, poco después de iniciarse la guerra, el grupo valenciano, con Luis Hernández como su redactor jefe, empezó a publicar *Popola fronto* (*Frente Popular*), que hasta su último número en 1939 fue el órgano de prensa no oficial del gobierno republicano frente a la comunidad esperantista internacional. Después de ser condenado a muerte y conmutado, quedó en libertad en 1947, y dos años más tarde la Junta Directiva de la Federación le nombró redactor jefe de su *Boletín*¹⁰.

En el páramo asociativo que era la España de Franco de aquellos años, la existencia de la Federación Española de Esperanto era algo singular. Pero más singular todavía fue el empeño de sus miembros de hacer de ella un lugar de concordia y reconciliación. Gentes que hacía pocos años habían estado a los dos lados de las trincheras volvían a trabajar juntos, y cuando en el resto del país los vencidos eran sistemáticamente humillados, en la Federación tenían un espacio donde podían recuperar su dignidad. Por supuesto, entre los miembros de

una aproximación a su vida y obra», La Laguna, Sociedad Esperantista de Tenerife, 2017; y Ana Régulo Rodríguez y María Régulo Rodríguez, «Datos biográficos», en *Serta Glaturatoria in Honorem Juan Régulo*, vol 1. Filología, La Laguna, Universidad de La Laguna, 1985, pp. 9-12.

9. Véase, Antonio Marco Botella, *Laboristaj Kronikoj*, Beauville, SAT- Broŭservo, 1996.

10. Sobre Luis Hernández, véase Antonio Marco Botella, *Laboristaj...*, pp. 118-119.

la Federación había diferencias importantes. También momentos de tensión, sobre todo cuando se discutía hasta dónde tantear la tolerancia del régimen. Pero al margen de esas diferencias lo que había era respeto mutuo. En los últimos años del franquismo no era difícil encontrar microcosmos semejantes: espacios de complicidad entre personas diversas que consiguieron, aún a pequeña escala, generar un clima de entendimiento y respeto mutuo sin el que es difícil explicar la transición.¹¹ Pero en 1946 esto no era sí, y los esperantistas eran la excepción. Por supuesto, no se dedicaron a proclamar a los cuatro vientos la necesidad de la reconciliación. Esto habría sido imposible. Pero sí la favorecían en sus conversaciones, sus actividades cotidianas, sus rutinas organizativas y prácticas de sociabilidad. No se quiere hacer entender aquí que la reconciliación llegó a España gracias a los esperantistas, pero sí que ellos estuvieron entre los primeros en practicarla. Sin aspavientos.

Para explicar este empeño es necesario echar la vista atrás y estudiar el movimiento esperantista antes de la Guerra Civil: sus divisiones internas, sus peleas, pero también sus hábitos de civilidad y ciudadanía. Generalmente se presenta a los esperantistas como a un gremio de gentes abnegadas y altruistas, aunque también obsesivas y unidimensionales: una especie de misioneros empeñados en convencer al mundo de que la comunicación y la paz universal están al alcance de la mano. Unos utópicos, en fin¹². Que los esperantistas fueran (y sigan siendo) unos utópicos tiene mucho de verdad. Lo que está muy lejos de ser verdad es que sean unidimensionales, monotemáticos, o intercambiables: gente que, por encima de sus profesiones, ideologías o identidades vivan cautivados por una misma obsesión. La verdad es precisamente lo contrario: entre los espe-

11. Víctor Pérez Díaz, *La primacía de la sociedad civil*, Madrid, Alianza Editorial, 1993.

12. Sobre la diversidad de intereses y creencias políticas dentro del esperantismo, véase Javier Alcalde, «Politikaj aspektoj de la esperanto movado», en *A Ludwik Zamenhof nel centenario della morte. Atti del convegno. Roma 11 Dicembre 2017*, Roma, Accademia Polacca delle Scienze, 2018, pp. 55-64. Y sobre los estereotipos hacia los esperantistas, Claude Piron, «Psikologiaj reagoj al Esperanto», *Esperanto-Dokumentoj*, 26 E, Rotterdam, UEA, 1988. Hay una traducción al inglés, disponible en <http://claudepiron.free.fr/articlesenanglais/reactions.htm>

rantistas convergían (y convergen) sueños e ideologías diferentes, a veces enfrentadas, lo que no les ha impedido emprender el mismo camino. Si hay algo que caracteriza al movimiento esperantista y que explica precisamente su longevidad es su diversidad. Utópicos lo eran, pero sus utopías no eran las mismas.

Este libro tiene como objetivo exponer la diversidad interna del movimiento esperantista español desde sus inicios hasta la Guerra Civil. Mi intención es poder entender por qué, a pesar de los conflictos internos que marcaron la trayectoria del movimiento hasta la Guerra Civil, los esperantistas se empeñaron en seguir una política de reconciliación una vez que tuvieron la oportunidad de volver a reunirse. Por supuesto, esta no es una historia exhaustiva del esperantismo español de aquella época. Hay regiones, como Galicia o Extremadura, o corrientes dentro del esperantismo —como, por ejemplo, la que más atraía a los empresarios y Cámaras de Comercio, que veían en el esperanto una herramienta útil para facilitar el comercio internacional—, que apenas se mencionan aquí porque los contemporáneos tampoco se preocuparon mucho en dejarnos datos suficientes. En Galicia, por ejemplo, sabemos que en los inicios del movimiento hubo un pequeño grupo muy activo de propagandistas en el que destacó Camilo José Cela, el padre del escritor, que, a pesar de sus esfuerzos, no consiguió que el movimiento cuajara en aquellas tierras¹³. La falta de noticias de los contemporáneos acerca de sus actividades y dificultades no nos permiten decir mucho sobre el esperantismo gallego. Tampoco se va a hablar aquí de los idistas. El ido, o «esperanto reformado», se creó en 1907 por decisión de una Delegación para la Adopción de una Lengua Internacional. La decisión fue muy controvertida, pues, como luego se supo, los inspiradores de la Delegación ya habían cocinado todo de antemano para intentar desbancar al esperanto con un nuevo proyecto lingüístico que supuestamente era mejor. Pero no lo consiguieron. Según los contemporáneos, sólo una cuarta parte de los líderes —no las

13. *La Suno Hispana*, mayo de 1906, p. 55; Camilo José Cela, *La rosa*, Barcelona, Destino, 2016, p. 45. Debo a Camilo José Cela Conde la información sobre las actividades de su abuelo.

bases— esperantistas se unieron al movimiento idista, que terminó desintegrándose por escisiones internas. En España, el movimiento idista fue absolutamente minoritario —unos cincuenta miembros poco antes de la II República¹⁴—, se concentró en un segmento ideológico muy específico —los anarquistas individualistas—, y no tuvo ningún efecto sobre el movimiento esperantista¹⁵.

En la historiografía dedicada a la Guerra Civil se señalan varios ejes de conflicto que pueden explicar por qué el país terminó desangrándose de aquella manera. Uno es el conflicto entre regionalismo y centralismo. Otro es el conflicto entre quienes defendían una revolución proletaria y aquellos otros que no la veían como solución a los problemas del país. Como no puede sorprender, estos dos ejes de conflicto son también los ejes principales de las desavenencias y las confrontaciones entre los esperantistas españoles de aquellas décadas. Es por esta razón que parte sustancial de este libro trata de la confrontación entre el esperantismo catalanista y el otro esperantismo, poco abierto a las demandas nacionalistas. Este es el contenido de la Parte III de este libro —que se abre después de repasar en la Parte I el contexto internacional que dio lugar al esperantismo y sus bases ideológicas, y en la Parte II los inicios del movimiento en España. La Parte IV trata del esperantismo obrero, tan importante o más que el llamado «neutral» —llamado así por mantener una posición neutral con respecto a la lucha de clases. En la Parte V repaso varias subpoblaciones, por decirlo así, de esperantistas; en concreto, los maestros, los ciegos, los militares y las mujeres, a fin de subrayar una vez más la diversidad de intereses y motivaciones que había en el movimiento. Y en la Parte VI repaso las prácticas de sociabilidad de los esperantistas y lo que se llamaba el «esperantismo práctico», que servían para limar sus diferencias internas y mantener un espíritu

14. *Advane*, febrero de 1929, p. 5.

15. Sobre la relación del ido con los anarquistas individualistas en España, véase Dolors Marins, *Anarquistas. Un siglo de movimiento libertario en España*, Barcelona, Destino, 2010, pp. 88-96, y Javier Navarro, *A la revolución por la cultura*, Valencia, Universidad de Valencia, 2004, pp. 96-99. Y sobre el movimiento idista internacional Roberto Garvía, *Esperanto and its Rivals*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 2015, pp. 131-143.

de civilidad y respecto mutuo que, en buena manera, puede explicar el espíritu de reconciliación con que reiniciaron su trabajo después de la guerra.

Pero antes hay que dar cuenta de los factores que explican la emergencia del esperantismo como un movimiento social internacional, de las razones por las que colectivos tan opuestos unieron sus fuerzas en el movimiento, y de lo que ellos llamaban «la idea interna» del esperanto —una idea tan ambigua y abierta a interpretaciones tan dispares que no hacía difícil esforzarse por llegar a acuerdos con quienes pensaban de forma distinta.

PARTE I.
UNA NUEVA LENGUA
PARA UNA NUEVA SOCIEDAD

CAPÍTULO 1.
GLOBALIZACIÓN Y NECESIDAD
DE UNA NUEVA LENGUA

[e]n nuestra asamblea no existen naciones fuertes y naciones débiles, privilegiadas y sin privilegios, nadie se humilla, nadie queda mortificado, todos estamos firmes sobre una base neutral, todos poseemos plenamente iguales derechos, todos nos sentimos miembros de una nación, miembros de una sola familia ... porque hoy, dentro de los hospitalarios muros de Boulogne-sur-Mer se han reunido no franceses con ingleses, no rusos con polacos, sino hombres con hombres ¡Bendito sea este día, y sean grandes y gloriosas sus consecuencias!¹

CON UNA AUDIENCIA CAUTIVADA, llena de júbilo, aplaudiendo a gritos de «¡Viva el esperanto! ¡Viva Zamenhof!», pudo éste terminar su discurso. Muchos habían viajado centenares de kilómetros para asistir a este primer congreso internacional de esperanto, que reunió a alrededor de 700 personas, procedentes de más de 20 países. Allí, en Boulogne-sur-Mer, una pequeña ciudad costera en el paso de Calais, pudieron comprobar que era verdad lo que muchos sospechaban: que personas de distintas naciones podían conversar y hacerse entender en una lengua común que habían aprendido sin saber cuántos otros lo iban a hacer. El esperanto funcionaba.

Pero no sólo funcionaba como lengua. Funcionaba también como germen de una nueva comunidad que, al menos en los días que duró el congreso, mostraba todos los síntomas de estar muy viva. Los congresistas no solo escucharon discursos, también organizaron

1. *La Suno Hispana*, octubre de 1905, p. 151; traducción del padre Guinart. Siempre que no se indique lo contrario, como en este caso, las traducciones son mías.

bailes, veladas teatrales y literarias, escucharon conciertos, hicieron excursiones y comieron y brindaron juntos. Y, por supuesto, también discutieron, y muy intensamente, sobre varios asuntos. Comprobaron que no eran una secta, que no todos albergaban los mismos sueños y proyectos.

Las últimas décadas del siglo XIX y primeras del XX, cuando el esperantismo empezó a despegar, fueron años de enormes cambios en Europa. Las mujeres empezaron a poner en cuestión el viejo dogma de la superioridad masculina y, tan ingratas como insensatas, no sólo pedían el voto, sino que también empezaron a comportarse de modo más desenvuelto, a montar en bicicleta, a estudiar en la Universidad y a codearse con los hombres en espacios públicos. Las viejas Iglesias cristianas también se vieron en aprietos cuando muchos de sus fieles, que no acababan de entender las finuras teológicas que las separaban, organizaron encuentros, publicaron periódicos, entablaron debates y crearon organizaciones empeñadas en obligar a sus respectivas jerarquías a iniciar un diálogo ecuménico que amenazaba con poner en cuestión el reparto del mercado religioso al que tan confortablemente se habían acomodado. Más amenazador para las viejas Iglesias era el empuje de la secularización en sus distintas vertientes: la de los viejos librepensadores y masones, o la de un nuevo movimiento socialista que no dejaba de crecer y que, en sus distintas vertientes (marxistas, anarquistas, sindicalistas), pretendía acabar, nada más y nada menos, con el control de las Iglesias sobre la enseñanza y las conciencias.

Estas décadas fueron las del triunfo de la razón y del positivismo, del Progreso y de la perfectibilidad de la raza humana —dividida eso sí, entre sus elementos más avanzados y aquellos otros que necesitaban de su «misión civilizadora», ejecutada en no pocas ocasiones con violencia genocida. Aquellas fueron también las décadas del triunfo de la eugenesia, tan popular entre conservadores como entre los que no lo eran, por su promesa de acelerar lo que la selección natural sólo estaba consiguiendo penosamente. Razón y racismo caminaban juntos en la marcha imparable del Progreso.

Pero no todo en aquellas décadas fue el triunfo de la razón. Aquellos fueron años llenos de contradicciones en un mundo que iba cada vez más deprisa, tanto que provocó una epidemia de neurastenia —al menos entre los hombres, pues las mujeres seguían siendo «histéricas».

Desconcertados, y buscando la paz interior, muchos abrazaron una nueva espiritualidad que prometía ayudarles a dar un nuevo sentido a su vida, a su relación con los demás y con la naturaleza. Entre ellos estaban los seguidores de la teosofía, que contaba con decenas de miles de adeptos en Europa. Misticismo y espiritualismo, cristianismo y budismo, cuando no un espiritismo que prometía volver a conversar con los que ya habían pasado a un mundo mejor, convivían pacíficamente con unas nuevas escalas de valores que ponían los pelos de punta a las jerarquías de las viejas Iglesias². Además de quienes buscaban una nueva espiritualidad, estaban quienes, cuestionando el triunfo de la razón, hablaban del inconsciente, de las pulsiones, eróticas o no, siempre difíciles de domesticar; o quienes señalaban las posibilidades dionisiacas que ofrecía la muerte de Dios. También mal avenido con el positivismo, el romanticismo —expresado en su forma más común en los nacionalismos etnolingüísticos que poblaron tanto los imperios del centro y del este, como las viejas naciones de Europa occidental—, parecía ir ganando fuerza año tras año.

Estos retos en el mundo de los valores tuvieron su reflejo en el mundo del arte. Tanto en la pintura (como las vanguardias de París y Viena), como en el teatro, la música, o el ballet (Ibsen, Schönberg y Diaghilev, respectivamente, por mencionar los nombres más conocidos), las nuevas formas de expresión estética eran radicalmente innovadoras. También en la ciencia surgieron propuestas revolucionarias (como la teoría de la relatividad), o sospechosamente rupturistas. En medicina, por ejemplo, había quienes prometían acabar desde el cáncer a la calvicie con ayuda de los rayos X, la electricidad o el magnetismo, y quienes, desde el lado opuesto, proponían hacerlo con medios estrictamente naturales —con sus impostores y charlatanes a uno y otro lado.

Naturistas y vegetarianos empezaron a ser figuras cotidianas en las principales ciudades europeas. Originariamente un movimiento de tintes religiosos nacido en el Reino Unido, el vegetarianismo pronto se extendió a Europa continental, particularmente en Alemania. En

2. Quizá la mejor fuente para conocer la historia del movimiento teosófico sea la biografía de uno de sus mayores exponentes: Helmut Zander, *Rudolf Steiner. Die Biographie*, Munich, Piper, 2011.

1908 se creó la Asociación Internacional Vegetariana, y sus ramas locales publicaban guías, con direcciones de restaurantes y hoteles vegetarianos, de consultas nutricionistas y asociaciones afines que hacían más fácil sobrellevar ese nuevo estilo de vida³. Y tan lejos fueron los avances en la industria de la guerra —en balística, en la construcción de destructores o, más sorprendente, en la posibilidad de conducir una guerra desde el aire—, que a pocos pudo sorprender la presencia de organizaciones pacifistas en el debate público. Entre los pacifistas, los había pragmáticos o «científicos», que, aun confiando en la capacidad disuasoria que suponía el poder destructivo de la nueva industria armamentística, sabían de la escasa fiabilidad de la razón humana, de la incapacidad de muchos de medir las consecuencias de sus actos. Pero también entre los pacifistas los había por sus convicciones religiosas (desde cuáqueros y tolstoyanos, a cristianos más convencionales), que los llevó, al contrario que a los pacifistas pragmáticos, a rechazar el concepto de «guerra justa».

Pacifista era también el movimiento obrero en todas sus manifestaciones, aliado con un sector muy activo y organizado del feminismo, que consideraba que la liberación de la mujer era impensable sin la liberación de la amenaza de la guerra⁴.

Aquellas fueron décadas en la que todo iba muy deprisa; espacio y tiempo contraídos a medidas antes insospechadas. Y esto gracias, sobre todo, a las nuevas tecnologías de comunicación. El telégrafo, el barco de vapor, el ferrocarril y más tarde el teléfono y el automóvil hicieron todo más cercano e inmediato. Los días o semanas que era necesario

3. Sobre los orígenes y el desarrollo del movimiento vegetariano, véase James Whorton, «Historical development of vegetarianism», *American Journal of Clinical Nutrition* 59 (suplemento, 1994), pp. 1103S-1109S.

4. Sobre el movimiento pacifista liderado por mujeres, véase Sandi E. Cooper, «The Work of Women in Nineteenth Century Peace Movements», *Peace and Change* 9 (1983), pp. 11–28; de la misma autora, «French Feminists and Pacifism, 1889–1914: The Evolution of New Visions», *Peace and Change* 36 (2011), pp. 5–33; y Jen Vellacott, «Women, Peace and Internationalism, 1914–1920: Finding New Words and Creating New Methods», en Charles Chatfield y Peter van den Dungen (eds.), *Peace Movements and Political Cultures*, Knoxville, University of Tennessee Press, 1988, pp.106–124, un clásico para entender la variedad del movimiento pacifista de la época.

esperar para saber qué había ocurrido al otro lado del continente, se convirtieron en minutos al cambio de siglo. Estas innovaciones en el transporte y las comunicaciones dieron lugar a los que algunos historiadores económicos llaman «la primera globalización» —aunque otros pongan en duda que fuera la primera. El coste del transporte de mercancías se redujo notablemente, con el consiguiente aumento del comercio internacional. Entre 1873 y 1913, los intercambios comerciales de los países europeos aumentaron cerca de un 300 por ciento. La adopción del patrón oro y la ausencia de conflictos entre las grandes naciones contribuyeron a este crecimiento. La revolución en el transporte y el incremento del comercio internacional afectaron también los movimientos de población. Ya en 1900, el 40 por ciento de la población de Europa occidental y Estados Unidos vivía en zonas urbanas. En términos de migraciones internacionales los cambios también fueron notables. Si entre 1850 y 1880 alrededor de 300.000 europeos emigraron anualmente a otros continentes, al final de siglo ya eran alrededor de un millón.⁵

Este nuevo mundo, más pequeño, más económicamente interdependiente y más interconectado exigía una serie de acuerdos internacionales que facilitaran su desarrollo. En 1865 se estableció la Unión Telegráfica Internacional, y nueve años más tarde la Unión Postal Internacional. En 1864 se firmó la primera convención de Ginebra, que incorporaba normas de obligado cumplimiento para los países signatarios respecto a la forma de conducir las guerras. En la década siguiente nació la Cruz Roja, un órgano independiente encargado de observar el respeto de estos acuerdos. En 1884, una conferencia internacional estableció las zonas horarias, partiendo el meridiano de Greenwich, y en 1875 se creó la Oficina Internacional de Pesos y Medidas, que consiguió la aceptación casi universal de Sistema Métrico Decimal. Del mismo modo, avances en todas las ramas del

5. Los datos proceden de Guillaume Daudin, Matthias Morys, y Kevin H. O'Rourke, «Globalization, 1870–1914,» en Stephen N. Broadberry y Kevin H. O'Rourke (eds.) *The Cambridge Economic History of Modern Europe. Vol. 2: 1870 to the Present*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, pp. 5–29; y Kevin H. O'Rourke y Jeffrey G. Williamson, *Globalization and History*, Cambridge, Mass., MIT Press, 1999, p. 119.

saber hacían cada vez más necesario terminologías y procedimientos estándar que permitieran el intercambio del conocimiento. Químicos, médicos, matemáticos, farmacéuticos, ingenieros, cartógrafos, etc., crearon sus organizaciones internacionales encargadas de estas tareas. Entre congresos científicos, artísticos, de carácter religioso, o dedicados a causas sociales o políticas, entre 1880 y 1900 se llegaron a celebrar más de 1.000 congresos internacionales⁶.

La mayor necesidad y frecuencia de contactos internacionales subrayó la importancia de un problema que hasta entonces parecía estar resuelto. Puede decirse que prácticamente hasta mediados del siglo XIX el francés fue la lengua franca de lo que entonces se llamaba «el mundo civilizado». El francés era la lengua en la que se escribían los tratados internacionales, aun entre Estados en los que se hablaba otra lengua. París, la ciudad de las luces, era el centro cultural de Europa desde hacía al menos dos siglos, y durante este tiempo hablar francés era un signo de distinción⁷. Pero los cambios económicos y políticos que tuvieron lugar después de la revolución industrial, y los avances científicos y tecnológicos que dieron lugar a la primera globalización hicieron que el francés retrocediera. En el ámbito del comercio, el inglés estaba ganando terreno. Estados Unidos no era todavía la potencia económica y política que llegaría a ser en el siglo XX, pero en el siglo XIX el inglés era el idioma del mayor imperio colonial. En el ámbito científico, la época de Lavoisier, Condillac, d'Alembert o Lagrange era parte del pasado. Ciertamente que a finales del XIX y principios del XX la producción científica francesa era todavía importante, pero estaba perdiendo terreno. Con la introducción del modelo Humboldt en el sistema de educación superior en Alemania y el enorme desarrollo industrial de este país a partir de su unificación en 1871, la ciencia alemana había dado pasos de gigante. En la primera década del siglo XIX, el alemán ya era la lengua más importante en las ciencias naturales, una posición

6. Union des Associations Internationales, *Les Congrès internationaux de 1681 à 1899*. Bruselas, UAI, 1960, pp. 26-60.

7. Sue Wright, «French as lingua franca», *Annual Review of Applied Linguistics* 26 (2006), pp. 35-60.

que iba a reforzarse todavía más en los años siguientes. En aquellas décadas, en fin, todo aquel que quisiera estar al tanto de los últimos avances en física, química, medicina, geología, astronomía, zoología o biología, así como también en sociología, lingüística o filosofía sabía que debía ser capaz de leer alemán —y de hablarlo si el objetivo era asistir a un congreso internacional⁸.

En el mundo globalizado en el que vivimos hoy no hay duda de que el inglés es el idioma dominante⁹. Pero en las décadas de la primera globalización la situación era bien distinta, con tres idiomas compitiendo por la hegemonía lingüística. Para muchos se hizo evidente que esto era un obstáculo para el desarrollo económico, científico y moral de la humanidad y que, de la misma forma que las naciones habían llegado a acuerdos sobre pesos y medidas, nomenclaturas químicas o zonas horarias, se hacía necesario que acordaran también un estándar lingüístico. Por supuesto, esto no era más que un sueño: ni ingleses, ni franceses, ni alemanes iban a ceder galantemente la primacía lingüística a un rival, coincidiendo todos en que el prestigio de un país se mide, entre otras cosas, por el prestigio de su lengua al otro lado de sus fronteras. Así, y por descabellada que pudiera parecer, la idea de inventar una lengua, libre de las inconsistencias de los lenguajes naturales, fácil por tanto de aprender y, más importante, neutral —pues al no ser la lengua de nadie, sería la lengua de todos—, empezó a ganar adeptos. Quimérico o no, la verdad era que las condiciones para contemplar un proyecto de este tipo estaban maduras.

8. Sobre el dominio del alemán en el mundo científico en esta época, véase Ulrich Ammon, «Deutsch als Wissenschaftssprache: die Entwicklung im 20. Jahrhundert und die Zukunftsperspektive», en Herbert E. Wiegand (ed.), *Sprache und Sprachen in den Wissenschaften: Geschichte und Gegenwart*, Berlin / New York, de Gruyter, 1999, pp. 319-338; y Brigitte Schroeder-Gudehus, «Une langue internationale pour la science?» en *L'avenir du français dans les publications et les communications scientifiques et techniques*, Montreal, Conseil de la Langue Française, 1983, disponible en <http://www.cslf.gouv.qc.ca/bibliotheque-virtuelle>.

9. Según datos de *Etnologue*, lo hablan más de mil millones de personas, distribuidas en todos los rincones del mundo: <https://www.ethnologue.com/guides/most-spoken-languages>

CAPÍTULO 2. UTOPIA Y DIVERSIDAD

LAS LARGAS Y ENCENDIDAS ovaciones que recibió Zamenhof en Boulogne-sur-Mer poco tenían que ver con el hecho de que había sido capaz de inventar un idioma, un nuevo estándar; en este caso, un estándar lingüístico que, como el Sistema Métrico Decimal o las zonas horarias, podían ayudar a gestionar un mundo más globalizado. Las invenciones técnicas no suscitan reacciones de este tipo. Fue el mensaje, un mensaje de esperanza, el que provocó aquella reacción.

Esperanto, de hecho, significa «el que espera / el que tiene esperanza», y La Espero (La Esperanza), es el himno oficial de los esperantistas —que por primera vez cantaron cientos de personas de procedencias muy distintas en aquel legendario congreso. Sabían que sus aspiraciones de que el esperanto se convirtiera en la lengua global que hoy es el inglés eran difícilmente realizables. Para los años venideros se habían impuesto una tarea enorme. En los pasados ya habían sufrido el escarnio de parte de la opinión pública, que insistía en que no se podía construir una lengua sobre la mesa de un escritorio y darle vida como a un Frankenstein, cuando todo el mundo sabe que las lenguas son entidades naturales, portadoras del espíritu de un pueblo o nación. Los esperantistas, se llegaba a decir, estaban traicionando a su lengua y nación al promover aquel engendro. Había además otros problemas más urgentes que el de la comunicación internacional. Los esperantistas era unos ingenuos que tenían tanto tiempo libre y tan poca imaginación que habían sido incapaces de buscarse otro pasatiempo. Los esperantistas, en fin, eran unos utópicos.

Estos llegaron escaldados a Boulogne-sur-Mer. El fervor con el que aplaudieron a Zamenhof era, en parte, la expresión de una rabia contenida por las burlas recibidas, pero también de orgullo al com-

probar que el esperanto verdaderamente funcionaba, que viniendo de países distintos se podían entender. Pero más que rabia y orgullo había esperanza. La esperanza cobija un compromiso, una disposición a actuar aún bajo la sospecha de que el esfuerzo termine siendo estéril. Antes que la probabilidad de éxito, lo que alimenta la esperanza son los objetivos, que deslumbran y entusiasman al mismo tiempo. Hay esperanza porque, aunque la posibilidad de fracaso es real, el viaje merece la pena. Esta la esperanza utópica¹. El esperanto era una utopía, los esperantistas lo sabían y no tenían miedo en reconocerlo. Al fin y al cabo, otras utopías habían terminado cumpliéndose.

Un proyecto utópico da lugar a un movimiento social cuando es suficientemente concreto como para poder ser identificado, y suficientemente abstracto como para apelar a una variedad de fantasías colectivas². En el esperantismo, esta variedad estuvo presente desde el primer momento. Por empezar por un colectivo menor, los seguidores de la teosofía aspiraban a la perfección de la raza humana a través de una nueva espiritualidad que nacía de la comparación de las enseñanzas de distintas religiones, orientales y occidentales, y de éstas con la ciencia, lo que permitiría ir aproximándose a la Verdad Universal. En su vertiente práctica, y según sus estatutos, el primer objetivo de la Sociedad Teosófica, creada en 1875 en Nueva York, era «formar un núcleo de la Hermandad Universal de la Humanidad, sin distinción de raza, credo, sexo, casta o color»³. Con estas premisas, nada tuvo de extraño la afinidad de algunos teósofos con el esperantismo. Así, en 1911 se creó la Teozofía Esperanta Ligo (Liga Teosófica Esperantista), que dos años más tarde lanzó el mensual *Espero Teozofia*⁴.

1. Sobre la esperanza utópica, véase Richard Rorty, *Philosophy and Social Hope*, Londres, Penguin, 1999.

2. Sobre la dependencia de los proyectos utópicos de las condiciones sociales y políticas en los que emergen, véase Karl Mannheim, *Ideology and Utopia*, London, Kegan Paul, 1940; y el clásico de Ruth Levitas, «Sociology and Utopia», *Sociology* 13 (1979), pp. 19-33.

3. <https://www.ts-adyar.org/content/mission-objects-and-freedom>

4. Lajos Kökény, Vilmos Bleier, Kálmán Kalocsay, y Ivan Širjaev (eds.), *Enciklopedio de Esperanto*, Budapest, Literatura Mondo, 1933, p. 538. Ya antes de la aparición de *Espero Teozofia* circulaban traducciones al esperanto de algunos clásicos de la literatura

Por su parte, simpatizantes de las dos ramas del espiritismo, la más cercana a la teosofía y al ocultismo, por un lado, y la rama científicista (o psíquica, como se dio en llamar), por otro, atentas ambas a las señales que desde el más allá cartografiaban los caminos hacia la comunión universal, encontraron en el universalismo de los esperantistas algunas afinidades. Por poner dos ejemplos, uno de los espiritistas y también uno de los periodistas más influyentes de su época, el británico William T. Stead (1849-1913), fue uno de los fundadores de la primera sociedad esperantista de Londres. El filósofo francés Émile Boirac (1851-1917), uno de líderes del esperantismo francés de su época (de hecho, presidió el congreso de Boulogne-sur-Mer), y rector de las Universidades de Grenoble y de Dijón fue un importante divulgador del espiritismo —en 1908 publicó *La psychologie inconnue. Introduction et contribution a l'étude expérimentale des sciences*, y años más tarde *L'avenir des sciences psychiques*. Para Boirac, el parentesco entre esperantismo y espiritismo estaba fuera de duda:

Esperantismo y psiquismo responden a las mismas necesidades del espíritu humano. El espiritista desea traspasar las fronteras del mundo visible y penetrar en más profundas regiones, donde se esconden las verdaderas causas y principios de la realidad. Del mismo modo, el esperantista desea traspasar los límites de su nacionalidad y penetrar en el espíritu de toda la humanidad⁵.

Menos esotéricos que los teósofos, los masones tampoco tardaron en encontrar afinidades con los esperantistas. Al margen de sus divisiones entre la masonería anglosajona y la continental, y una historia posterior marcada por rivalidades, conflictos, reconciliaciones y rupturas entre distintas logias y obediencias, un punto central en el credo

teosófica, como *A los pies del Maestro* (*Ĉe la piedoj de la Majstro*, 1913), de Jiddu Krishnamurti; *Denda Fatal* (*Fatala Ŝuldo*, 1910), de Lionel Dalsace, o *El porqué de la vida* (*La kialo de l'vivo*, 1913), de Léon Denis. Véase *Sophia*, agosto de 1913, pp. 483-484.

5. Citado en Kókény et al., *Enciklopedio*..., pp. 422-423. La cita proviene del artículo «Pri Esperanto kaj psiquismo» aparecido en el primer número de la revista *Esperanta psikistaro*, (Amberes, 1910), pp. 9-10.

masónico era la Hermandad Universal, realizable independientemente de las fidelidades nacionales y las diferencias religiosas y políticas entre los «hermanos», como así se llamaban y se siguen llamando. Con estos antecedentes, no es de extrañar que ya en el congreso de Boulogne-sur-Mer figuraran masones, y que no desaprovecharan la oportunidad para crear su propia asociación: Esperanto Framasona (Esperanto Masón), que dos años después, en 1907, contaba con cerca de un centenar de miembros. Como el caso de otras asociaciones específicas dentro del esperantismo, Esperanto Framasona nació con un objetivo integrador. Aunque sólo abierta a iniciados (y, en principio, sólo a varones), Esperanto Framasona (convertida más tarde en Universala Framasona Ligo) no buscó el reconocimiento oficial de ninguna obediencia. Se definía como una organización neutral dentro de la masonería, cuyo objetivo era el diálogo entre hermanos de distintas logias a fin de encontrar puntos comunes que ayudaran a hacer realidad aquella Hermandad Universal⁶.

Viejos rivales de los masones eran los católicos, muy pronto compañeros de viaje en el esperantismo. Ya en 1903, dos años antes del primer congreso internacional, un pequeño grupo de católicos franceses liderados por el sacerdote Émile Peltier, que ejercía en una pequeña población cerca de Tours, sacó a la luz el mensual *Espero Katolika* (*Esperanza Católica*). Su declaración de intenciones de ningún modo podía ser compartida por los sectores más conservadores del catolicismo:

Valoramos mucho que socialistas, judíos, protestantes o masones lleguen a crear revistas o a fundar [asociaciones como] Espero Socialista, Espero Hebrea, Espero Protestanta, o Espero Framasona. Pero nosotros vamos más lejos. Abrimos hospitalariamente nuestras páginas a todos. No nos creemos poseedores de la ciencia universal, y no nos cuesta reconocer que aquellos que tienen ideas religiosas distintas nos pueden enseñar muchas cosas⁷.

6. Sobre los orígenes de la relación entre masonería y esperantismo, véase Denis Lefebvre «The Universal League of Freemasons (ULF): A Little-Known Story», *Ritual, Secrecy, and Civil Society* 6 (2019), pp. 45-63.

7. *Espero Katolika*, octubre de 1903, p. 2.

Todavía reciente la memoria del dogma de la infalibilidad del Papa, la jerarquía vaticana se seguía resistiendo a cualquier movimiento interno que lo pudiera cuestionar. La idea de que masones, socialistas o protestantes pudieran enseñar algo a quienes profesaban la única fe verdadera sólo podía levantar sospechas en Roma. Pero la verdad es que muchos de los primeros católicos esperantistas no parecían tener miedo a las jerarquías establecidas, religiosas o no. El más destacado católico esperantista de esta primera época, el lituano Aleksandras Daumbraskas (1860-1938) ya había pasado cinco años en el exilio por negarse a dar misa en ruso en su país⁸. En 1909 los católicos esperantistas consiguieron crear su internacional, la IKUE (Internacia Katolika Unuiĝo Esperantista, o Unidad Esperantista Católica Internacional), con fuerte vocación ecuménica. El sacerdote holandés Tito Brandsma (1881-1942), muerto en el campo de concentración de Dachau, y el también sacerdote alemán Josef Metzger (1887-1944), decapitado por los nazis, son dos ejemplos, entre otros, de este catolicismo ecuménico esperantista⁹. Pero, por supuesto, no todos los esperantistas católicos tenían las mentes tan abiertas. Los había también conservadores que se habían unido al esperantismo de forma preventiva, como reacción al secularismo que parecía dominar en el esperantismo internacional. Un ejemplo es el de Gustave Gautherot (1880-1948), profesor de historia del Instituto Católico de París y colaborador del régimen de Vichy décadas más tarde. Según sus palabras, unirse al movimiento esperantista era una forma de no dejar el campo libre a aquellas fuerzas secularizadoras y adelantarse «a los enemigos de la religión cristiana [allí donde] esperan recolectar decisivas victorias».¹⁰ (Un argumento,

8. *Esperanto*, 30 de abril de 1938, p.1.

9. Sobre Tito Brandsma, véase Fernando Millán Romeral, *Tito Brandsma*, Madrid, Fundación Emmanuel Mounier, 2017; y Manuel Casanoves, «La moderna martiro Tito Brandsma estis esperantisto», *Espero Katolika*, 11 (1985). Sobre Josef Metzger, Leonard Swidler, *Bloodwitness for Peace and Unity. The Life of Max Josef Metzger*, Denville, N.J., Dimension Books, 1986.

10. Citado en *Gazeto Andaluzia*, mayo de 1910, p. 8. Véase también *Espero Katolika*, abril-mayo de 1910, p. 201. La cita proviene de Gustave Gautherot, *Pourquoi nous sommes Espérantistes*, París, Centra Presejo Esperantista, 1910, que no he conseguido consultar.

o quizá una excusa pobre para los católicos más escépticos hacia el esperanto y aferrados a las tradiciones, pues ¿para qué el esperanto, cuando tenemos el latín, lengua sagrada y universal?) No sólo los católicos encontraron formas de tender puentes con los esperantistas. En 1911, dos años después que los católicos y con un espíritu ecuménico semejante, aunque con una mayor diversidad interna (que incluía, anglicanos, luteranos, y calvinistas, entre otros), los protestantes crearon su propia internacional, la KEL (Kristana Esperantista Ligo, o Liga Esperantista Cristiana). También tenían su mensual: *Dia Regno* (*Reino Divino*). El ecumenismo entre esperantistas católicos y protestantes era la tendencia dominante, aunque no fue hasta 1968, con el permiso de sus respectivas Iglesias y denominaciones, que celebraron su primer congreso ecuménico.

Entre otros cambios importantes, la primera globalización trajo consigo un aumento significativo del nivel de escolarización. Por dar un dato, entre 1870 y la Primera Guerra Mundial, el número medio de años de escolarización formal por habitante en Europa occidental aumentó un 60 por ciento¹¹. Este aumento originó nuevos experimentos educativos que dieron lugar al movimiento internacional por la Escuela Nueva, como se llamó en España. Aunque dentro de este movimiento había una variedad de propuestas (Montessori, Dalton, Decroly, Freinet, etc.), todas coincidían en la sustitución del modelo tradicional de enseñanza, disciplinario y memorístico, por otro basado en la curiosidad natural de los niños, su autonomía personal, el contacto con la naturaleza, la co-educación, la enseñanza laica, etc. Implícita en estas nuevas ideas pedagógicas estaba la idea de que, libres de dogmas, las nuevas generaciones estarían naturalmente más inclinadas hacia la paz. Esta combinación de paz y escuela explica la creación de la TAGE (Tutmonda Asocio de Geinstruistoj Esperantistaj, o Asociación Universal de Maestros y Maestras Esperantistas), así como el apoyo al esperanto de organizaciones internacionales de educadores.

En los años de entreguerras, maestros esperantistas y pro-esperantistas tuvieron además un papel importante en la discusión de un tema que

11. Jan van Zanden, et al. (eds.), *How Was Life?: Global well-being since 1820*, París, OECD Publishing, 2014, p. 95.

hoy nos resulta muy familiar: la memoria histórica. Los que investigan sobre esta materia tienen como objetivo estudiar cómo los Estados o los gobiernos de turno (o los partidos, o incluso las familias) sesgan o editan la historia de la forma más útil para sus intereses. La memoria histórica se transmite a través de ceremonias, memoriales, museos, y de forma más evidente, en los libros de texto. De esto ya eran muy conscientes muchos maestros, y muy particularmente los maestros esperantistas, que lanzaron una campaña para expurgar de los libros de texto afirmaciones falsas que servían para alimentar el odio entre las naciones. La campaña para la purga de los libros de historia, en la que tanto protagonismo cobraron los maestros esperantistas, acabó bajo la tutela de la Liga de las Naciones, aunque la resistencia de muchos gobiernos a ver corregidos sus libros de historia hizo que la campaña apenas diera frutos.

Cuando el Profesor Aronnax y sus tres amigos abordaron el *Nautilus* no encontraron forma de hacerse entender. Lo intentaron en francés, inglés, alemán y latín, pero sin resultados. La tripulación, procedente de distintos países, utilizaba una lengua «sonora, armoniosa, flexible, donde las vocales parecen tener una acentuación variada». Más tarde sabemos que el capitán Nemo hablaba varios idiomas y tenía una voluminosa biblioteca de libros científicos en varias lenguas. Pero para explorar los océanos y comunicarse con su tripulación, el capitán Nemo no utilizaba ninguna de aquellas lenguas, sino otra que parecía inventada.

20.000 leguas de viaje submarino es una obra un tanto desconcertante. Las innovaciones tecnológicas de las que se aprovecha el *Nautilus* son todavía desconocidas para el resto de los mortales, pero antes que darlas a conocer, el capitán Nemo se servía de ellas para ocultarse. En este caso, los avances científicos no están al servicio de la humanidad, como en el resto de la obra de Julio Verne, sino, al contrario, para esconderse de ella. Los países más avanzados, parece dar a entender el capitán Nemo, han puesto la ciencia al servicio de la guerra y la conquista, cuando debía estar al servicio de la paz y del respeto entre los pueblos. De ahí también que en el *Nautilus* no se hable el idioma de una u otra nación, sino uno inventado¹².

12. Jules Verne, *Vingt mille lieues sous les mers*, París, J. Hetzel, 1871, pp. 52-53. Al final de su vida, Julio Verne simpatizó con el esperanto y comenzó a escribir una novela

Compartieran o no el pacifismo del capitán Nemo, la verdad es que los científicos de esta primera globalización tenían un problema de comunicación. La sustitución del latín por las lenguas vernáculas a partir del siglo XVII hacía muy difícil estar al día de los avances en el conocimiento, que se sucedían a un ritmo cada vez mayor. Algunos, como Bertrand Russell, no veían en el plurilingüismo un problema importante. Pero no todos habían tenido una nanny francesa y otra alemana como el filósofo. Una posible solución era la publicación de revistas científicas que compilaban resúmenes en lenguas vernáculas de publicaciones extranjeras, pero esta no era una solución óptima dado el volumen de la nueva producción científica. Y como tampoco parecía posible llegar a un acuerdo internacional sobre la lengua de la ciencia, algunos científicos abrazaron la solución del capitán Nemo en versión esperanto. Así apareció ya en 1904, antes del congreso de Boulogne-sur-Mer, la revista *Internacia Scienca Revuo* (*Revista Científica Internacional*) que dos años más tarde dio lugar a la Internacia Scienca Asocio Esperanta, (Asociación Internacional Científica Esperantista) todavía existente¹³.

Además de los científicos, quienes también necesitaban un idioma internacional de forma urgente eran los ciegos. En las últimas décadas del siglo XIX y primeras del siguiente muchos países hicieron esfuerzos por mejorar el nivel educativo de los ciegos, a fin reducir su marginalidad. Estos esfuerzos crearon una élite ilustrada de ciegos interesada en intercambiar experiencias y comparar los resultados de las políticas públicas que se iban implementando aquí o allá. Pero esto no era fácil. Por aquel entonces, se calculaba que imprimir un texto en braille era catorce veces más caro que en tinta, de modo que si un ciego francés quería saber, por ejemplo, qué se estaba haciendo en Estados Unidos, además de saber inglés, debía estar a dispuesto a pagar catorce veces más de lo que pagaba otro colectivo con fines

donde algunos de sus protagonistas lo empleaban. Véase, Lionel Dupuy, *Jules Verne espérantiste!*, París, SAT, 2009.

13. Sobre los problemas de comunicación científica durante esta época y la solución de los lenguajes artificiales, véase Michael D. Gordon, *Scientific Babel*, Chicago, University of Chicago Press, 2015.

parecidos. Una solución fue crear estenografías, lo que reducía el volumen de páginas a imprimir, y así los precios de edición. Esta solución, sin embargo, implicaba aprender no sólo inglés, sino la estenografía inglesa adaptada al braille. Pero un lenguaje internacional, con una estenografía estandarizada en braille no sólo reduciría los costes de información, sino que abriría la posibilidad de forjar lazos de amistad entre ciegos de distintos países, que luego permitirían sumar esfuerzos a nivel internacional.

Y esto fue lo que ocurrió. Ya en 1902, un puñado de esperantistas ciegos creó un estándar de transcripción del esperanto al braille. Con ello ya se podían imprimir manuales de esperanto a bajo coste y enviarlos a asociaciones de ciegos de todo el mundo. Dos años después se lanzó, en braille, *Esperanta Ligilo (Enlace Esperantista)*, y desde 1907 los esperantistas ciegos empezaron a organizar sus propias reuniones en los congresos internacionales de esperanto, donde era tradicional eximirles del pago de la cuota. En 1923 crearon la UABE (Universala Asocio de Blindaj Esperantistaj, o Asociación Universal de Esperantistas Ciegos), la primera asociación internacional de ciegos¹⁴.

Quienes no tenían muchos motivos para unirse al esperantismo eran los militares. Pero lo curioso es que también los había, y desde muy pronto. Los motivos que podían tener los militares para aprender esperanto eran varios. En primer lugar, estaban los miembros de la sanidad militar que colaboraban con la Cruz Roja, una organización que también promocionaba el esperanto¹⁵. También estaban los científicos con uniforme, aquellos que, dada la escasez de instituciones científicas en sus países, enseñaban e investigaban en las academias y escuelas militares para seguir su verdadera vocación. Pero también había militares progresistas, e incluso pacifistas, y militares masones.

14. Sobre esta primera etapa del internacionalismo esperantista entre los ciegos, véase Ligo Internacia de Blindaj Esperantistoj, *Historio de la Esperanto-movado inter la blinduloj, 1888-2015*, LIBE, Keuruskoio Oy, 2016.

15. Sobre esperanto y Cruz Roja, véase José María Rodríguez Hernández, «Actividad humanitaria del Movimiento Esperantista en las dos Guerras Mundiales y su relación con la Cruz Roja Internacional», *Revista Internacional de la Cruz Roja* 21 (2010), pp. 340-348.

Y, al contrario, quienes pensaban que el esperanto podía ser útil para la guerra, particularmente si debían coordinarse en alianzas militares ejércitos de distintos países. El de los militares esperantistas es un colectivo difícil de encajar en el esperantismo internacional.

En el congreso de Boulogne-sur-Mer, Zamenhof lo dijo muy claro. En aquel lugar, insistió, se reunieron «no franceses con ingleses, no rusos con polacos, sino hombres con hombres». Con estas palabras, parecía que el objetivo era desdibujar las identidades nacionales en favor de la autonomía moral individual al margen de las identidades no elegidas. Pero quizá el mensaje no fue tan claro. En aquel famoso discurso, Zamenhof también insistió en que, gracias al esperanto, y por primera vez en la historia, los hombres serán capaces de entenderse de forma distinta a como siempre habían hecho, sin necesidad de que un pueblo humillase a otro imponiéndole su lengua¹⁶. Así, si para unos «la gran familia humana» que el esperantismo quería reconstruir era una familia de hombres y mujeres moralmente autónomos y libres de ataduras identitarias, para otros aquella gran familia era la familia de las naciones libres, independientes e iguales. Así, mientras que unos defendían un esperantismo de corte individualista y kantiano, otros defendían un esperantismo herderiano, a favor del «santo derecho de todas las naciones a la autonomía y la independencia»¹⁷. Un ejemplo de este esperantismo lo tenemos en Joseph M. Plunkett, uno de los fundadores de la Asociación Irlandesa de Esperanto y, al mismo tiempo, uno de los siete signatarios de la fallida proclamación de independencia de Irlanda de 1916.¹⁸

No sólo en Irlanda, también en Hungría, Bohemia, Flandes y Cataluña, por nombrar los casos más destacados, coexistieron estos dos esperantismos, a veces tolerándose y otras en abierto enfrentamiento. En más de una ocasión, y a veces bajo iniciativa catalana, se intentó

16. Ludwig L. Zamenhof, *Originala verkaro*, Johannes Dietterle (ed.), Leipzig, Ferdinand Hirt und Sohn, 1929, pp. 360-365.

17. *Esperanto*, 11 de febrero de 1906, p. 2.

18. Sobre el esperantismo irlandés, véase Liam Ó Cuic, *A Short History of the Esperanto Movement in Ireland*. Disponible en https://web.archive.org/web/20070720103044/http://esperanto.ie/english/PDF_files/short_history3.pdf

crear una internacional esperantista de «pueblos oprimidos» (premataj popoloj), pero sin éxito¹⁹.

Otro colectivo que encontró razones de peso para apoyar una lengua internacional fue el movimiento obrero. Esta era una tradición que ya venía de lejos. En su *Viaje a Icaria*, publicado en 1840, Etienne Cabet nos presentaba una república ideal que, si bien podía funcionar sin dinero, propiedad privada, policía y aparato judicial, estaría bien servida por una lengua artificial, perfectamente regular, fonética y fácil de aprender, a la que podría traducirse todo el saber de la humanidad para el progreso y felicidad de los icarianos. Pocos años después de la publicación de la utopía de Cabet, en el congreso de Lausana de la Primera Internacional, celebrado en 1867, se discutió la necesidad tanto de reformar las ortografías de las lenguas nacionales, como de crear una lengua universal, para el bien de «la unidad de los pueblos y la fraternidad de las naciones»²⁰. Con el cambio de siglo, las propuestas de reforma ortográfica, relativamente frecuentes en ámbitos obreros pasaron al olvido, pero el interés por una lengua fácil de aprender, fonética, simple y sin excepciones gramaticales; una lengua revolucionaria, en fin, que fuera instrumento y expresión del internacionalismo revolucionario nunca disminuyó. En 1906 se creó la Internacia Asocio Paco-Libereco (Asociación Internacional Paz y Libertad), por iniciativa de sindicalistas revolucionarios franceses. Al año siguiente se empezó a publicar la *Internacia Socia Revuo* (*Revista Social Internacional*), una revista mensual en la que participaban anarquistas, sindicalistas, y marxistas de distintas tendencias. Y en el periodo de entreguerras se creó la SAT (Sennacieca Asocio Tutmonda, o Asociación Mundial de A-Nacionalistas) —todavía hoy viva. Con la liquidación del movimiento esperantista en la Alemania nazi, y las dificultades que empezó a sufrir en la Unión Soviética en aquellos

19. Sobre esperantismo y los movimientos de revitalización lingüística y construcción nacional, véase Hèctor Alòs i Font «Esperanto i redreçament lingüistic i nacional abans de la II Guerra Mundial», *Kataluna Esperantisto*, diciembre de 2013, pp. 3-19.

20. Etienne Cabet, *Voyage en Icarie*, Paris, Bureau populaire, 1845, p. 369, ver también la página 2 para la descripción de esta lengua. Y sobre el congreso de Lausana, véase Sébastien Moret, «Langues internationales, alphabets et Révolution. Les idées de N.V. Jušmanov», *Studi slavistici* 14 (2017), p. 277.

años —y que llevó a su liquidación física en 1937— el esperantismo obrero español se convirtió, muy posiblemente, en el foco internacional del movimiento.

Las relaciones entre socialistas, anarquistas y comunistas dentro de la SAT no fueron idílicas. Tampoco lo fueron entre el esperantismo obrero y el llamado «neutral» —porque mantenía una posición neutral frente a la lucha de clases. Y entre los neutrales tampoco hubo un entendimiento incondicional. Ahí podían juntarse católicos con masones, militares con antimilitaristas, izquierdistas con comerciantes e industriales, e incluso con policías, que en 1923 crearon la Tutmonda Polica Ligo (Liga Universal de Policía). Pero también se juntaban vegetarianos con carnívoros, nudistas con mojigatos (como los seguidores de la Movado por Ĉasta Vivo, o Movimiento por una vida casta), nacionalistas con a-nacionalistas, feministas y sufragistas con defensores del «orden natural» entre los sexos, quienes creían en el amor libre con los que defendían la santidad del matrimonio²¹, los que buscaban nuevas fuentes de espiritualidad con materialistas y marxistas, etc. Y levitando sobre todos ellos, jugadores de ajedrez, coleccionistas de sellos, amantes del turismo... y ciegos. Casi todos tenían sus organizaciones específicas y solían aprovechar los congresos internacionales para mantener sus propias reuniones y ponerse al día en sus asuntos, tras lo cual, unos y otros, y de forma individual, tomaban parte en las discusiones del congreso, en sus rituales y actividades lúdicas. Mezclados en el mismo salón de plenos o de baile, en las calles y restaurantes, en el teatro, en los trenes que los llevaban a visitar los alrededores y hablando un idioma que nadie más que ellos entendían, debían sentirse protagonistas de un espectáculo de hermandad inaudito. Como contaba un esperantista español de su experiencia en uno de estos congresos:

Cuando estas reuniones particulares terminaban y todos volvían a encontrarse de nuevo en una sesión, en una fiesta, o en una excursión, todos fraternizaban cordialmente ... Más de una vez he notado

21. La «sankteco de la edzeco», según los instigadores de la Movado por Ĉasta Vivo, *Vegetarano*, julio de 1921, p. 22.

alegres grupos formados de sacerdotes y librepensadores, de socialistas y de militares. Todos hablaban cortésmente entre sí, como si se hubiesen acordado, de súbito, de que antes de sacerdotes, socialistas o militares, eran hombres²².

O, por lo mismo, un masón francés:

Me dejó muy sorprendido la buena armonía que no dejaba de reinar en este medio esperantista, donde se juntaban personas de todas las clases sociales, de las más diversas opiniones y de todas las religiones²³.

Reseñas postcongresuales de este tenor abundan en la prensa esperantista. Y con razón, porque, por defecto, en los congresos la norma era la armonía. Al fin y al cabo, y más que en otro lugar, era allí donde había que escenificar el mensaje de esperanza y respeto mutuo implícito en el movimiento. Pero no había armonía porque no hubiera diferencias. Diferencias las había, y muchas veces sustanciales, pero ya se habían despejado antes de los congresos, convertidos en una suerte de liturgia de tolerancia y fraternidad. Y a esto se agarraban los enemigos del esperantismo: aquella tolerancia y fraternidad, insistían, sólo era un espectáculo tan hipócrita o artificial, como artificial era la lengua que allí se balbuceaba.

Por supuesto, no siempre los congresos fueron un remanso de paz, lo que, a veces, obligaba a representar una liturgia de segundo orden. En el congreso de la SAT de 1931, por ejemplo, los bolcheviques abandonaron la reunión entonando La Internacional (en esperanto, por supuesto), a lo que el resto de la audiencia respondió sumándose al canto (en esperanto, por supuesto)²⁴. Tampoco siempre era posi-

22. Xavier Margais, «El movimiento esperantista y la masonería (1898-1914)», en José Antonio Ferrer Benimeli (coord.), *La masonería española y la crisis colonial del 98*. Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1999, vol I, p. 35.

23. Jean-Claude Lescure, *Un imaginaire transnational? Volapük et Espéranto vers 1880-1919*. Tesis de habilitación. Institute d'Etudes Politiques de Paris, 1999, vol 3, p. 486.

24. SAT, *Historio de la SAT*, Langres, SAT, 1953, p. 48.

ble precocinar suficientemente bien los congresos como para evitar divisiones y fracturas internas. En el esperantismo español, sin ir más lejos, los conflictos llevaron a la creación de dos organizaciones rivales de ámbito nacional. En sus congresos, unos y otros cantaban La Espero, pero una vez fuera de ellos intercambiaban sarcasmos o piropos, según tocaba.

Pero todos, con la excepción de los bolcheviques, hostiles a todo lo que pudiera ser o parecer pequeñoburgués, abrazaban lo que llamaban «la idea interna» (la interna ideo) del esperantismo. Anarquistas, socialistas, masones, nacionalistas, a-nacionalistas, conservadores, católicos, ateos, etc., se referían a ella para justificar que bien merecía la pena intercambiar opiniones con quienes no las compartían, en pie de igualdad y utilizando el mismo lenguaje —que, porque no era de nadie, era de todos. El lenguaje era el esperanto, el metalenguaje, la disposición a escuchar, comprender al otro, y co-existir.

El esperantismo es un movimiento un tanto peculiar. Sus activistas no buscan un beneficio personal y los costes de entrada son muy altos: uno tiene que aprender otra lengua, lo que lleva tiempo y no es fácil. Pero quizá el elemento más distintivo del esperantismo es su transversalidad²⁵. Gentes que son adversarias en otros contextos, lo siguen siendo dentro del movimiento, pero una vez allí dentro cooperan y se esfuerzan para mantener sus diferencias dentro de los límites de la tolerancia, el respecto mutuo, o lo que cada quiera entender como la «idea interna» del esperantismo. Es esta diversidad, y esta disposición a buscar puntos de encuentro lo que puede explicar su empeño en volver a trabajar juntos en un entorno tan hostil como la España de 1947.

25. Sobre las características del esperantismo como movimiento social, véase «L'esperanto come movimento sociale». Entrevista de Alessio Sacha Giordano a Javier Alcalde, 20 de febrero de 2021. Disponible en https://www.treccani.it/magazine/chiasmo/extra/IUSS_Giordano_Alcalde.html